

19-11-2016
Nora Strejilevich
Abo
ala Amia

10,35 hrs
ala Amia
Koban la mu
Testigo



Nora Strejilevich en juicio ESMA, por Eugenia Bekeris
(Buenos Aires, 29 de noviembre de 2016)

Eugenia Bekeris
2016

En un momento deseé morir
la muerte es algo personal - los Babarón me

Entrevista a Nora Strejilevich

Jaume Peris Blanes

Jaume.Peris@uv.es

La de Nora Strejilevich es una de las voces más indispensables y singulares entre las que tratan de pensar y representar la experiencia vivida en los campos de concentración latinoamericanos. La mirada de Strejilevich se sostiene, de hecho, sobre una doble vertiente: por una parte, superviviente directa de la violencia militar en Argentina, ha dado testimonio de ella de una forma singular y única; por otra parte, pensadora y analista de la literatura y de la memoria cultural, ha escrito alguno de los textos más importantes en torno a la literatura concentracionaria en América Latina.

En 1977 Nora Strejilevich fue secuestrada y recluida en el centro de detención clandestino Club Atlético, en pleno Buenos Aires. Cuando logró ser liberada, fue al exilio en diferentes países y en 1997 publicó *Una sola muerte numerosa*, su propio testimonio sobre el secuestro y la tortura perpetrada por los militares durante la última dictadura argentina. Se trata de un testimonio díscolo y audaz, alejado de formas estandarizadas que puede ser considerado, en buena medida, un testimonio experimental, en el que además de la denuncia entran en juego la parodia, el cruce de códigos y la exploración de las formas narrativas con las que da cuenta de la violencia de Estado. El libro fue reeditado en 2006 por la editorial argentina Alción y recientemente, en 2018, por la editorial española Sitara. Fue traducido al alemán en 2014.

Su trabajo académico ha girado en torno al legado del genocidio a partir de su propia experiencia como sobreviviente y exiliada. Tras su liberación del campo de concentración Club Atlético fue asilada política en Canadá, donde realizó una tesis doctoral sobre literatura testimonial. En 2006 la editorial argentina Catálogos publicó su ensayo *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*, dedicado al análisis del testimonio concentracionario en el Cono Sur. Su último libro, *El lugar del testigo*, retorna sobre el hecho testimonial en las sociedades contemporáneas, y será publicado próximamente por la editorial LOM (Santiago de Chile). Ha trabajado como profesora en Canadá y Estados Unidos (San Diego State University) y su enseñanza universitaria se ha centrado en las producciones artísticas y literarias que configuran el «espacio testimonial». En mayo de 2018 impartió un seminario para doctorandos en la Universitat de València titulado «Violencia estatal y literatura testimonial en el Cono Sur».

El dibujo que antecede estas páginas es obra de Eugenia Bekeris y representa a Strejilevich en el juicio a la ESMA (Escuela Mecánica de la Armada), en Buenos Aires, el 29 de noviembre de 2016. Forma parte de la serie realizada por el grupo Dibujos Urgentes, formado por Eugenia Bekeris y María Paula Doberti, y activo entre 2010 y 2018. Dado que en los Tribunales de Comodoro PY (Buenos Aires) no es posible tomar fotos, el colectivo surgió para registrar con sus lápices lo que ocurría en los juicios por crímenes de lesa humanidad.

Tus libros están escritos desde una doble posición: por una parte, superviviente de la violencia de Estado; por otra, doctora en literatura, profesora universitaria e investigadora de las violencias y sus representaciones. ¿Cómo describirías esa posición híbrida desde la que hablas y piensas la violencia de Estado en Argentina y sus formas de memoria?

Ante todo, me considero superviviente y eso me llevó a escribir mi testimonio para sobrellevar, en el lenguaje, lo vivido. Este aspecto es esencial porque la doble posición a la que aludís tiene un único tronco, que se perfila el día de mi/nuestro secuestro. De ahí, en más, fui acomodándome a mi no-lugar o, como dice Edurne Portela, a mi deslugar. Pienso, escribo y enseño desde el desarraigo. Desde ahí elaboro y transmito con mis herramientas, que son la escritura, la investigación y la docencia. Esta posición, que llamás híbrida, me permite pensar la violencia estatal o, en el caso argentino, el genocidio. La experiencia concentracionaria me enseña que al horror no corresponde tratarlo como «objeto de estudio», desde la distancia que se asocia a lo teórico. Con Semprún digo que es invivible pero que se puede nombrar de alguna manera y en eso radica nuestra tarea. Lo que nunca debió haber sucedido y, sin embargo, sucedió y sigue sucediendo tiene que asimilarse con palabras, darse a conocer, explayarse, comprenderse sin por eso justificarse, pensarse desde la emoción y rememorarse en configuraciones narrativas. En mi libro más reciente, *El lugar del testigo. Memoria y escritura* (LOM, en prensa) vuelvo sobre estos temas, algunos ya tratados en *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay* (2006).

En *Una sola muerte numerosa* aludes desde el mismo título al carácter singular de cada muerte y desaparición, pero también a que se trata de una singularidad masiva. ¿Cómo articulas esa relación entre la experiencia individual de la violencia y su dimensión colectiva en tu testimonio?

Para contestarte retomo mi itinerario personal. En los noventa volví de Canadá a la Argentina con un grabador para registrar historias de quienes habían padecido la dictadura, es decir, de quienes asumían esa etapa como constitutiva de su

historia. Quería entrelazar sus memorias a las mías para armar un caleidoscopio de las huellas del horror. Hasta entonces había escrito una serie de fragmentos autobiográficos, pero eso no me bastaba: mi saber era limitado porque en medio de la catástrofe una apenas recoge hilachas. Me urgía indagar, preguntar, compartir, cotejar impresiones, llenar huecos. Mi motor íntimo era, ante todo, la devastación de mi familia y de mis grupos de pertenencia: mi hermano, su pareja y dos primos habían desaparecido, como tantos otros compañeros. Tenía que amilantar su ausencia, contener la entropía de nuestro mundo, de nuestro imaginario. Así fue que escuché testimonios de muchos que hablaban de *eso* por primera vez (no conversé solo con afectados directos, como suelen llamarnos, porque a todos nos expropiaron el mismo universo). Y superpuse mi historia –aludida poéticamente– con las suyas, hasta crear un coro de voces que cuentan la sola muerte numerosa. Esta idea me la dio un militar que, en tiempos del juicio a las Juntas de 1985, se quejaba porque las declaraciones de los sobrevivientes eran siempre las mismas. Este militar seguramente imaginaba una confabulación de los testigos, reunidos en secreto para planificar su gran ataque discursivo. Lo cierto es que había grupos de sobrevivientes que se reunían para rememorar en conjunto y compartir información, y que nuestros testimonios coincidían en parte, obviamente por otros motivos: el terror estatal siembra la misma muerte, una muerte clandestina que protege a los perpetradores. Sin embargo, los relatos no eran idénticos: aunque la atrocidad era una, había pormenores y por-mayores que le daban su cualidad distintiva a cada uno. Con esta idea de lo singular y lo múltiple en mente, di con la cita de Eloy Martínez, de *Lugar común la muerte*: «Desde 1975, todo mi país se transfiguró en *una sola muerte numerosa* que al principio parecía intolerable y que luego fue aceptada con indiferencia y hasta olvido». Las cuatro palabras que elegí y subrayo aluden, en mi lectura, a la imposibilidad de acceder al corazón de la experiencia sin albergar las resonancias de la muerte numerosa, que es rizomática. No se trataba de contar mi historia sino la nuestra. Tampoco de juntar datos (indispensable para comunicarse con los familiares y para los juicios): siempre preferí las memorias que revelan más por lo que callan que por lo que dicen, porque el problema es la huella. Para dar un ejemplo, un expreso recordaba una araña que veía a diario en su celda, y nada más: había olvidado el resto. Esos son los testimonios que siempre me llaman la atención. Una sobreviviente de *La noche de los lápices*, recientemente, dijo algo semejante: «No me acuerdo. Lo intenté cientos de veces, pero no me acuerdo. Tengo imágenes de ese día, muy pocas».¹ Como me interesa la subjetividad, me inquieta ese vacío que traba la memoria. Yo la quise destrabar en clave colectiva, hilvanando murmullos que, en conjunto, ponen en escena lo singular de esta muerte. Para Dori Laub, psicoanalista y sobreviviente de Auschwitz, el testimonio no existe sin

1. Emilce MOLER: «No me acuerdo» <<https://www.pagina12.com.ar/142594-dos-sobrevivientes-dos-recuerdos>>, p. 12. [Consultado: 16-9-2018].

la escucha de otro. Yo fui esa escucha para muchos. Por otro lado, recordar no es recordar, no es reconstruir el pasado sino recuperarlo o reponerlo desde el presente. Desde el presente de la escritura articulo esa relación entre experiencia individual de la violencia y su dimensión colectiva. Lo hago mediante un montaje inspirado en el movimiento de la memoria (por asociación): cada fragmento se enlaza con el siguiente por una coincidencia de imágenes o de palabras. De este modo se acaba la cronología y se entra en la anamnesis. Inserto también citas de libros y de periódicos, o frases dichas por los militares que remiten a la situación histórica, ya sea porque dan una mínima información o porque el contraste entre lo dicho y lo citado resulta irónico.

Cuando me fui de la Argentina empezó la búsqueda de mi forma de escribir mi testimonio, que resumiría así: el contrapunto entre un lenguaje propio (que es performático, que se quiebra tal como se quiebra el universo del secuestrado) y una reiteración polifónica de voces y de textos, ecos de un trauma compartido. Esta forma narrativa, parafraseando a Edurne Portela, me permitió lidiar con un exilio que no es temporal, que no se acaba cuando se acaba la dictadura, que se transforma en segunda naturaleza, en la condición del sobreviviente.² Lo más real, en los primeros tiempos de la vida transterrada, era el dolor que tenía que enfrentar. Necesitaba crear sentido a partir de lo vivido. Ya lo dijo Imre Kérzet refiriéndose a los sobrevivientes (cito de memoria): «Nunca podremos empezar una nueva vida, ¿quieren que todo este horror y que todos mis pasos previos pierdan totalmente su sentido?».³ Para que no perdiera sentido, o para que cobrara sentido, había que volver atrás, preguntar y escuchar. Llegar al ¿cómo pudo ser posible? a través del ¿cómo fue en tu caso?

En tu testimonio utilizas recursos poco habituales en la escritura testimonial de los supervivientes: ironía, humor, reescritura de canciones infantiles, parodia, cruce de códigos... ¿qué función dabas a estos elementos, que contrastan con la habitual seriedad y linealidad del testimonio?

Estos recursos tienen que ver con lo dicho por Aharón Appelfeld: «El asunto no era apilar hecho tras hecho sino elegir los más necesarios, esos que tocan el corazón de la experiencia y no sus bordes» (1994, XII, XIII).⁴ En este testimonio no solo cuento y cuentan, también me cuento, muto de víctima a testigo. Para este contar(se), como ya mencioné, no me servía ni la crónica de los hechos, ni el rela-

2. Edurne PORTELA: «Cicatrices del trauma: cuerpo, exilio y memoria en *Una sola muerte numerosa* de Nora Strejilevich», *Revista Iberoamericana*, vol. LXXIV, n.º 222, enero-marzo 2008 (71-84).
3. Imre KÉRTESZ: *Un instante de silencio en el paredón: el Holocausto como cultura*, Barcelona, Herder, 2002.
4. Aarón APPELFELD: *Beyond Despair: Three Lectures and a Conversation with Philip Roth*, New York (USA), Fromm International, 1994 (traducción mía).

to preciso, ni el lineal. Me peleaba con todos los géneros que tenía a mano, como si cada uno de ellos fuera insuficiente, como si esa mezcla no alcanzara. Tenía que inventar una ecuación propia. El humor, la ironía y la parodia van a menudo asociados a la desgracia: son escudos protectores (por los *campos* también circuló el humor, aunque esto raramente se menciona). Incorporo citas de libros porque dialogan con la narración sin explicarla. Y aparecen voces de otros testigos para dar cuenta, reitero, de una muerte colectiva que no se reduce, como querían los perpetradores, a las NN. Incluí canciones infantiles porque somos hablados por ese lenguaje antes de saber lo que estamos diciendo (y lo que estamos diciendo, sin darnos cuenta, es el horror –como en el caso de *corto mano corto fierro cuando te mueras te vas al infierno*). Lo padecido en los setenta contamina toda rememoración: si recuerdo a mi hermano no me puedo desprender de la atrocidad que lo devoró, y esas rimas que repetíamos en nuestros juegos vuelven con todo su impacto: *pisa pisuela color de ciruela* une mi infancia a la suela que me pisó el cuerpo antes de llevarme. La mezcla de elementos me permitió poner en escena lo que somos, y como siempre digo, el horror forma parte de lo que somos.

«No todos los días se rompen las leyes de la gravedad. No todos los días una abre la puerta para que un ciclón desmantele cuatro habitaciones y destruya el pasado y arranque las manecillas del reloj». La frase hace referencia sin duda al impacto de la violencia, la detención y la tortura. Pero también al quiebre emocional y político de toda una generación que vio arrasadas sus formas de militancia, sus sueños de transformación y muchos de los elementos que daban sentido a sus vidas. ¿Cómo evaluar hoy el quiebre del mundo que supuso el impacto de la violencia de Estado?

El quiebre de ese mundo se palpa en la violencia de Estado que retorna, hoy, renovada y por sufragio. La Argentina está reviviendo los males que creíamos haber frenado. Lo que ahora rige (desde el poder) es la antipolítica, el hostigamiento y la persecución de opositores (todos aquellos que cuestionen). A una maestra que fue secuestrada y liberada le grabaron con punzón en el cuerpo: *No más ollas* (por las ollas populares que se organizan para paliar el hambre). Amenazan a militantes con el cementerio. Milagro Sala, líder jujeña, continúa detenida por vendettas de caudillos, por discriminación, por racismo, mientras varios organismos internacionales siguen exigiendo que la liberen. El capitalismo salvaje se expande con su habitual descontrol, sin anestesia, y ya no hacen falta golpes de Estado para que se reiteren escenarios ominosos que nos resultan familiares. El llamado neoliberalismo, si bien nos toca a todos, produce asociaciones siniestras en un país que fue atravesado por prácticas genocidas, y estas señales son detectadas sobre todo por los más vulnerables, mientras otros siguen hipnotizados por los mentimedios, como los llama Mempo Giardinelli.

Antes del 2015 habíamos construido en el país tres columnas que parecían indestructibles: Memoria, Verdad y Justicia, y parecía que de ese «piso» no se podía retroceder. Sin embargo –y solo por dar un ejemplo– acaban de nombrar como presidente de la Corte Suprema de Justicia a un juez que viene a dismantlar estos pilares (y este acto es la culminación de muchos otros que apuntan en la misma dirección). El borrón y cuenta nueva retorna, urgido por demoler lo que se logró construir –en salud, educación, cultura, producción nacional y derechos humanos–. Coincido con Alejandro Kaufman cuando ve en la responsabilidad el gran tema de la Argentina de los últimos cuarenta años. Lo escucho decir que la desaparición (el asesinato que se procura anónimo, sin responsables) es una mancha que se extiende y traduce en ese «no tener nada que ver con lo que está ocurriendo» que circula en estos tiempos. Hoy, sigue diciendo, olvidar que la acumulación de la riqueza (una acumulación desaforada ante los otros que no tienen) es también no asumir la responsabilidad. «Solo si no se tiene nada que ver se puede acumular riqueza. La crisis que estamos viviendo ahora tiene que ver con esto».⁵ Por supuesto que esta situación es global, que no solo pasa en nuestro país; pero tras años tan intensos de una responsabilidad en la que se trabajó en la Argentina, y que consiste «en que uno tiene que dar respuesta cuando se lo interroga» (en que uno tiene que hacerse cargo) el choque con la actitud contraria, llevada al paroxismo, nos remite a la dictadura y se palpa en el agobio que ante el eterno retorno: el poder judicial se transforma en policía, el ejército vuelve a intervenir dentro de un territorio del que se lo había desplazado –el nacional–, la educación se boicotea y la salud se desprecia, la humillación a la multitud que sale a protestar resurge y las autoridades se burlan de los reclamos populares. La atrocidad luce nuevos ropajes. Kaufman insiste en que uno de los legados más potentes del terrorismo de Estado es el consentimiento, que se resume en ser contemporáneo de ciertos hechos y no preguntar. El que entonces (en los setenta) no preguntó ¿dónde están?, selló su consentimiento (simultáneo a la exclusión y al asesinato clandestino de los que habían preguntado por qué vivir sometidos, y se habían rebelado). El sutil no saber por no indagar afecta a sociedades que no pueden, por eso mismo, más que estar condenadas a la repetición.⁶ Y esto sucede, repito, a pesar de la ineludible lucha por los derechos humanos llevada a cabo durante décadas en nuestro país, y que continúa con todo vigor. Es impactante la persistencia de un movimiento que sigue apostando a poner el cuerpo no tanto, por ahora, en aras de un futuro sino para recuperar al menos cierto bienestar reciente, y para

5. Entrega del pañuelo Blanco a Alejandro Kaufman, Asociación de Madres de Plaza de Mayo, 1 de setiembre de 2018. Es la ceremonia de entrega del máximo símbolo de su lucha a algunos a la manera de reconocimiento (otro ritual que crearon en su práctica política) la desaparición (el crimen cometido para que no haya imputados).

6. «Sobre el consentimiento como legado de la dictadura», p. 12, <<https://www.pagina12.com.ar/104181-sobre-el-consentimiento-como-legado-de-la-dictadura>>. [Consultado: 27 de marzo de 2018].

plantarse frente a la humillación. Lo que cuenta, en medio del desastre, es que hay un legado que se transmite: la práctica de lucha, que viene de lejos, no se abandona, todo lo contrario: se enriquece con nuevas formas de intervención del espacio público, todas hijas de la lucha madre, una lucha simbólica que se mantiene fiel a sí misma y que, justamente por esto, no hay forma de doblegarla. En resumen, el quiebre de aquel, nuestro mundo setentista, no hace más que ahondarse, y a la vez sigue en pie al decir BASTA.

En tus ensayos sobre memoria señalas la necesidad de recordar no únicamente lo que pasó a los desaparecidos sino los proyectos de transformación de los que eran portadores. ¿Podrías ahondar en esa idea?

Hay que preguntarse qué quiso borrar el Poder desaparecedor, como lo llama Pilar Calveiro, en nuestra región. La respuesta es: quiso borrar la ola emancipatoria. Todo colectivo con potencia cuestionadora tenía que ser extirpado del entramado social. La memoria de lo que pasó no consiste solo en no olvidar a los ausentes, hay que entender el sentido de ese método, la desaparición forzada de personas. Se los llevaron para acabar, de una vez para siempre, con el impulso liberador –posible o no desde la mirada de hoy pero muy viable desde el imaginario de entonces–. Tener memoria es, entonces, rescatar esa fuerza, no como copia carbónica sino como agencia para encarar la tarea del presente: frenar el tren que sigue avanzando a todo vapor rumbo al precipicio.

En la última década se ha instalado, en diferentes ámbitos del espacio académico, una crítica y sospecha en torno a los testimonios de los supervivientes de la violencia, relacionada con una apología de las ficciones culturales de esas mismas violencias. ¿Cómo te ubicas con respecto a esos argumentos?

Cuando hablo de testimonio me refiero sobre todo a las memorias de los *campos*, porque el universo concentracionario es imposible conocerlo si no es a través de la voz de los supervivientes. Como difícilmente se puede sobrevivir en un centro clandestino sin reflexionar, sin evaluar la propia situación y la de otros, y sobre todo sin solidaridad, quienes padecemos esta experiencia estamos conminados a testimoniar. Desautorizar ciertos testimonios por una apología de las ficciones culturales, sean las que sean, me parece fuera de lugar. Es cierto que en algunos sigue vigente el imaginario setentista –que incluía una aceptación de «la violencia de abajo contra la violencia de arriba», aún en quienes no tomamos las armas–, y que incluso deslizan comentarios que hoy muestran nítidamente su sello patriarcal (como cuando Hernán Valdés, en *Tejas verdes*, critica duramente a las mujeres por ciertas conductas aparentemente claudicantes en relación con sus

torturadores, cuando su propia reacción durante la tortura no fue nada heroica –y eso es lo más interesante del libro: lo heroico es que lo cuente)–. Esperar que eso no suceda es no entender que la rememoración no equivale al relato mimético de lo que pasó porque siempre se lleva a cabo desde el presente, y eso incluye esas ficciones culturales en las que todos nadamos. Timerman acusaba a la guerrilla urbana de terrorista y apoyó inicialmente al golpe que según él había sido llevado a cabo por el sector más blando del «partido militar». Eso no le impide exponer la búsqueda de estrategias que el desaparecido encara para sobrevivir dentro de ese encierro y esa soledad. Lo hizo con gran maestría porque siguió siendo un exiliado hasta su muerte, aunque jamás cambiara sus prejuicios. Eso es lo que a mí me interesa. Todo depende de lo que se quiera leer en los testimonios: yo busco las marcas del experimento con la condición humana, las situaciones dilemáticas que se le presentan al detenido en ese limbo sin ley, el lenguaje de ese universo y la manera en que el testigo busca sus palabras. Creo que en ese intento del sobreviviente se condensa el intento de la sociedad que quiere salir de su condena, pero recae, y lo vuelve a intentar.

Además de la escritura de testimonio y del ensayo en torno a la violencia, ha sido notable tu participación en los juicios contra los militares responsables de crímenes de lesa humanidad en Argentina. ¿Cómo evalúas el alcance de los juicios y cuál es la diferencia entre tu posición como testigo «literario» y como testigo judicial?

Los juicios por crímenes de lesa humanidad son indispensables: sin ellos no hay forma de levantar una mínima valla ética a la que deben atenerse incluso quienes preferirían no hacerlo. La fuerza de la ley que se impone tiene valor performativo, es un hacer, un ritual colectivo instituido por el poder del Estado. Es una forma legitimada de poner un límite, marcado por la pena, es el proceso que sigue la sociedad para asegurarse el Nunca Más. Pero vemos que esto no basta porque, como digo en *El arte de no olvidar*, «la verdad tiene una consistencia no jurídica. Por eso dice Giorgio Agamben en *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, que al sobreviviente le concierne lo que está más acá o más allá del derecho, todo aquello que no entra en un proceso». Como dije, el tribunal es la autoridad del Estado que impone sus reglas y el testigo tiene que adaptarse a ese esquema. No se trata de pares dialogando, como se da en otros tipos de escucha. Si bien en los últimos años se ha logrado que la dimensión subjetiva ocupe un lugar importante en las declaraciones, que asumen la forma del relato, hay evidentes restricciones ya que la intención última es la condena. La sociedad aprueba este tipo de testimonio porque tiene un sentido práctico: el testigo es identificado como aquel que va a declarar contra los culpables. Yo insisto en la necesidad de darle su lugar al testimonio que no sirve de evidencia. El que transmite la dimensión más íntima,

el que se permite huecos, saltos, lagunas, matices, y sobre todo autorreflexión; es decir, el literario. Las memorias del horror no son exactas ni precisas, por eso hay que entender sobre qué testimonia el testigo. El testigo de los *campos* testimonia sobre la muerte en vida, y al hacerlo busca levantar puentes entre el aquí de su presente y el allá de su rememoración. Este proceso lleva a relatos no lineales, anclados en la vivencia, no en la rigidez de la verdad en tanto consonancia con los hechos. A mi entender, estos testimonios son los que más nos enseñan sobre la nuda vida, sobre el estado de excepción y, en última instancia, sobre los mecanismos que usan las sociedades autoritarias para modelar a los sujetos.

Más allá de las políticas estatales de memoria y de los procesos judiciales, en Argentina han tenido gran relevancia las luchas ciudadanas y participativas por la memoria y la reparación. ¿Qué valor e impacto crees que han tenido?, ¿qué rol ha jugado o puede jugar la creatividad cultural en esos movimientos?

En la posdictadura los movimientos de derechos humanos trataron de revertir los propósitos del plan genocida, no solo desde los tribunales sino desde la educación, el teatro y el cine, las intervenciones callejeras, la escritura. Este proceso capilar, según algunos, lo lideran los juicios, pero estos no existirían sin la presión de las bases. Las luchas ciudadanas son el motor propulsor. En países donde no existe esta exigencia masiva los juicios fueron mucho menores o prácticamente inexistentes, y las políticas de memoria más débiles. El movimiento nutre y se nutre de un potente fenómeno de contagio. «Nuestras intervenciones están disponibles para ser copiadas», dijo el Grupo de Arte Callejero que pintó los pañuelos de las Madres de Plaza de Mayo al marcar el círculo que ellas recorren desde 1977. El gobierno de la ciudad ha quitado recientemente esos símbolos, pero este acto de despojo llevado a cabo con excusas de diseño urbano ya generó su respuesta: un grupo de artistas mujeres arman baldosas frente a la casa de quien lo solicite, con diseños inspirados en los pañuelos expropiados de la ronda de las Madres. Otro momento en el que este símbolo estalló fue en 2017, cuando las manos de todos los que salieron a la plaza a manifestar en contra del 2x1 (una forma legal creada para aliviar la sobrepoblación carcelaria, aplicada en este caso para eximir a los genocidas de sus condenas, que se logró anular) sostuvieron pañuelos blancos en alto, para mostrar que esos triángulos se habían reproducido y eran miles. Y, recientemente, a los pañuelos blancos se les sumaron los pañuelos verdes (el color que asume la lucha feminista en Argentina). Aunque los medios minimicen estas marchas, quienes participan no pueden dejar de sentir la inventiva, la creatividad, la pasión, la fuerza y la reflexión que las sostiene. La cultura de la resistencia urbana presupone un conjunto de tareas que promueven la crítica. A la hora de salir a la calle se plantea el reclamo y se exige respuesta. La protesta decide prioridades, estrategias, se

define en los prolegómenos y en la acción, pregunta por qué, y formula el *Yo acuso*. Un *Yo acuso* colectivo cuyo impacto excede la suma de las voces que se levantan.

¿Qué valor y alcance crees que tienen los recientes movimientos de familiares (hijos e hijas, fundamentalmente) de represores que han salido al espacio público a condenar la actividad de sus padres y a colaborar con los movimientos de derechos humanos?

Ante todo, formulo un comentario que le hizo una vocera de este grupo a un periodista: el colectivo Historias Desobedientes y con Faltas de Ortografía no se autodefine como formado por hijos e hijas de represores sino de genocidas. Insisten en esta diferencia porque quieren que el lenguaje empiece a nombrar sin eufemismos. Un policía que reprime una manifestación es un represor, pero ellos formaron este colectivo porque sus progenitores fueron responsables de crímenes de lesa humanidad y reniegan del lazo de sangre que los vincula al pacto de silencio. Rompen así con el mandato familiar y por eso son desobedientes. Obedecen, en cambio, el mandato ético de declarar en contra de quienes han generado un daño social del cual no quieren ser cómplices. Un movimiento así no existió jamás. Es algo inaugural. Después de la *Shoah* hubo hijos de nazis que dedicaron su vida a testimoniar contra los crímenes de sus padres, pero en este caso se forma un movimiento en que, como en casi todas estas luchas, la mayoría son mujeres. Esto fue posible por la demanda que surge en las marchas. Cuando este grupo se presenta por primera vez en una marcha (la del 2x1), quienes las ven y aplauden les piden que vayan a declarar: esa demanda los lleva a solicitar un cambio en el Código Penal, que por ahora inhabilita a los familiares de los acusados a declarar en contra suyo. La novedad de esta lucha ratifica su potencia contagiosa, que siempre sigue creando nuevos e insospechados pliegues. Su impacto específico es que acaba con el discurso cristalizado de que la lucha va de la mano del parentesco (ya que, de hecho, algunos organismos fundacionales así surgieron: Madres de Plaza de Mayo, Abuelas de Plaza de Mayo, H.I.J.O.S., Hermanos de Desaparecidos). Aunque el vínculo familiar se presente como un llamado, la lucha no se hereda. *Mutatis mutandis*, «la gorra no se hereda», como dijo un nieto de genocidas.

¿Cuál es el efecto que ha tenido la llegada al poder del gobierno de Macri en las políticas de memoria y los movimientos sociales por los derechos humanos?

El efecto de su llegada al poder es devastador y, entre otras muchas áreas que dismantela, se propone acabar con las políticas de memoria, como ya dije. Lo que logra es fortalecer al movimiento social. Se dice que en la Argentina hay «mo-

vimientismo», que es un modo de indicar la notable práctica ciudadana de hacer sentir su voz en las calles. En las sociedades nórdicas que conozco muchos mandan cartas a sus representantes para manifestar su disenso con ciertas políticas, pero entre nosotros eso no funciona. No hay quien lea cartas, no hay quien responda. Entonces la gente apela a hacerse oír como grito masivo, a sabiendas de que a menudo ni siquiera eso será respetado. Sin embargo, así y solo así se ganan batallas, y la presencia de nuevos colectivos resurge. Por ejemplo, el movimiento feminista que estalló en estos años ha sido comparado por el periodista Horacio Verbitsky con el surgimiento de las Madres de Plaza de Mayo en los setenta. Tiene una potencia expansiva y una creatividad irrefrenables.

Recientemente has realizado una estancia extensa en España, ¿cuál ha sido tu lectura de los procesos y movimientos de memoria en el país, en relación con el franquismo, la guerra civil y las violencias de Estado?

No me voy a extender en esta pregunta porque prefiero hablar de lo que conozco mejor. Apenas quisiera puntualizar lo que percibo en el lenguaje. En España se habla de guerra civil como si primero no hubiera habido un golpe de Estado. Pienso que habría que empezar por cuestionar el lenguaje que usamos y por el que somos hablados.

.....
JAUME PERIS BLANES es profesor de literatura y cultura latinoamericana en el departamento de Filología Española de la Universitat de València. Su principal campo de investigación han sido las formas y representaciones de la violencia política en América Latina y España, así como la construcción de la memoria social y cultural en las sociedades postdictatoriales. Ha publicado al respecto los libros *La imposible voz. Memoria y representación de los campos de concentración en Chile* (2005) e *Historia del testimonio chileno. De las estrategias de denuncia a las políticas de memoria* (2008).